

Medicina latinoamericana: marco histórico de referencia*

Rodrigo Fierro Benítez

Cátedra de Endocrinología, Facultad de Ciencias Médicas, Escuela de Medicina de la Universidad Central, Quito-Ecuador.

Apuntando en el centro y dando en el blanco, la Real Academia Nacional de Medicina de España ha organizado este primer encuentro entre las academias de Medicina de aquí y de allá. Parcelas, digo yo, de la patria de los idiomas hispánicos.

Luego de "100 años de soledad", en esta sesión inaugural de este primer encuentro, es oportuna la ocasión para que nos situemos, los unos y los otros, en el momento en que nos hallamos. Los procesos que nos han conducido a lo que actualmente somos no han sido los mismos en la Península Ibérica y en nuestra América.

Hace 500 años, señores, se dio un hecho portentoso: el encuentro entre el Neolítico y la Edad de Bronce en los que se hallaba América pese a la extraordinaria organización social y política de sus grandes imperios, con el Renacimiento español.

Se impuso el pueblo culturalmente más desarrollado. El que sabía leer y escribir, el que contaba con la escritura, imponderable instrumento tecnológico que eterniza con puntualidad el pensamiento y la memoria, sueño del hombre.

Algunos pueblos habían logrado hacerlo realidad 5 mil años antes.

Como elemento de dominio y de poder, la escritura en América fue determinante. Tal elemento de imposición cultural, se tradujo, en el vencido, en un rechazo hacia los nuevos conocimientos. Surge así "el mito de la escuela", superado apenas en el presente siglo.

Sin embargo para unos pocos, los pioneros de nuestra gran aventura, dominar la escritura, saber leer y escribir, se constituyó en un desafío de vida o muerte. La memoria escrita significaba la salvación de la identidad, a tiempo que la vía con la que nos sería dable igualarles y quizás superarles a quienes vinieron de ultramar.

Aquí está Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y de una ñusta cusqueña, mestizo de la primera generación, nuestro primer gran historiador. Aquí está Jacinto Collahuazo, de quien se refiere el P. Juan de Velasco, en los siguientes términos: "Conocí a este indiano cacique de Otavalo en la edad de 80 años, de gran juicio y singulares talentos. Había escrito cuando mozo una bellísima obra intitulada 'Las Guerras Civiles del Inca Atahualpa con su hermano Huascar'. Fue delatado por ello al corregidor, el cual por indiscreto y arrebatado celo, no solo quemó aque-

lla obra y todos los papeles del cacique, sino que lo tuvo algún tiempo en la cárcel pública para el escarmiento de que los indianos no se atreviesen a tratar esas materias".

La decisión de aquel corregidor respondió a criterios bastante generalizados y desde muy temprano. El 20 de Octubre de 1541, el escribano Jerónimo López dirigió una carta al Rey, con el fin de expresar las razones que se dieron para la rebelión indígena del Mixton, en México. Entre otras señala: "Que tomando muchos muchachos para tomar la doctrina, en los monasterios llenos, luego les quisieron mostrar leer y escribir, y por su habilidad, que es grande, y por lo que el demonio negociador pensaba negociar por allí, aprendieron tan bien las letras de escribir libros, puntar, o de letras de diversas formas, que es maravilla verlos, y hay tantos y tan grandes escribanos, que no los sé numerar, por donde por sus cartas se saben todas las cosas de la tierra de una a otra mar, lo que de antes no podían hacer. La doctrina buena fue que la sepan; pero el leer y escribir muy dañoso como el diablo".

Desde nuestros inicios saber ha sido nuestro empeño, nuestro noble empeño. Por él perdimos el sueño. Desvelados, en ocasiones abrumados por tantos y tantos desafíos, nos hemos mantenido en aquel loco empeño: aproximarnos, hacer también nuestras, las modernidades iban sucediéndose.

Desvelados, infatigables, así nos llegó el siglo de la Ilustración, el luminoso siglo XVIII latinoamericano. Nos llegó cuando ya nuestros mejores sabían leer y escribir, y bien. Ahí está la figura enorme de un médico quiteño, científico adelantado en los estudios biopatológicos, hijo de un indio cajamarquino: Don Eugenio de Santa Cruz y Espejo, precursor de la independencia americana, el ciudadano más culto que había en la Real Audiencia de Quito, según los viajeros de la época.

Es siglo de las Luces, aquel en el que el conocimiento empírico fue arrollado por el científico, nos halló familiarizados con el libro. Las bibliotecas de las universidades y colegios regentados por los jesuitas de Chuquisaca, Quito y Córdova del Tucumán, no tenía parangón en toda América, y en materia científica se hallaban actualizadas. En el siglo XVIII en el que la presencia de nuestra bienamada Reina Isabel, en nuestra historia, adquiere connotaciones insospechadas. Pobres de nosotros si el descubrimiento de América hubiera demorado en producirse uno o dos siglos. El presente nos hubiera encontrado engrosando las filas de los condenados de la tierra.

Aventuras imposibles, de propósitos insólitos e inéditos, fue la conquista de América.

Nuestro español resultó la fuente de la eterna juventud, aquella que les hizo perder el sueño a los primeros conquistadores españoles. La llevaban consigo, por donde iban. En nuestras latitudes, el idioma compartido, el de la patria común, resultó ser un potro brioso jineteado por pueblos de los más dispares. Lo hemos enriquecido, lo seguimos haciendo. En nuestra América, el español es una

* Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Encuentro de Academias Nacionales de Medicina de Iberoamérica, organizado por la Real Academia Nacional de Medicina de España, que tuvo lugar en Madrid del 17 al 22 de noviembre de 1997.

Dirección para correspondencia: Dr. Rodrigo Fierro Benítez, Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central, Iquique y Sodiro s/n, Telefonos 528810-528690, Quito-Ecuador.

lengua viva, dinámica, siempre joven. Adjetivaciones insólitas, la utilización de verbos de una puntería admirable para precisar acciones extraordinarias o comunes y corrientes, y no solamente la inclusión en los diccionarios de nuevos vocablos, han sido nuestro concurso y siguen siéndolo. El pensamiento de pueblos de circunstancias diversas y diferentes, ha encontrado su cause de expresión común, y por esta vía la configuración de una cultura de una riqueza inagotable.

Nuestro español no ha sido un potro desbocado. Pocos escritores contemporáneos habían respetado más las reglas ortográficas y habían escrito con mayor fluidez el idioma de Cervantes que García Márquez. Hemos contribuido a que nuestro español sea una creatura viva, palpante, saludable y con una buena dosis de calor tropical. Ahí están Alejo Carpentier con "El Siglo de las Luces", el mismo García Márquez con "Cien Años de Soledad" o Alvaro Mutis con sus empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero. Ni la raza, ni la religión, ni ciertas conductas ante la vida y la muerte, han tenido entre nosotros la trascendencia que el idioma que hablamos 300 millones de latinoamericanos. Es nuestro elemento aglutinador frente a las fuerzas de dispersión. Si nuestra cultura se halla incluida en la de occidente, con derecho y para nuestra fortuna, es porque nuestro pensamiento se expresa en el culto y moderno idioma español.

Nosotros, los latinoamericanos, desde siempre hemos vivido al filo de la navaja. Una lucha sin cuartel entre la civilización y la barbarie. Entre Collahuazo y el regidor, digamos. Entre los jesuitas de aquel portentoso que significaron las misiones del Paraguay Oriental y quienes les expulsaron. Entre los juristas y magistrados que redactaron las Leyes de Indias y aquellos que procedieron bajo el supuesto de que el Rey estaba muy lejos y Dios muy alto. Entre los civilistas que amaban sus bibliotecas como su bien más precioso y los caudillos bárbaros, una mezcla en variadas proporciones del miura ibérico con el troglodita americano y otras aportaciones relativamente recientes y no menos salvajes. Una lucha sin cuartel, que aún se mantiene, pero que lo avisamos en sus últimos episodios.

Una historia de luces y de sombras. De luces tan brillantes como la que emitió el indio Juárez con su "el respeto al derecho ajeno es la paz", o Domingo Faustino Sarmiento para quien gobernar era educar. Fue precisamente Sarmiento quien "a finales del siglo pasado fundó la base educacional más prometedora para un rápido desarrollo económico". Bernardo Houssay, nuestro primer Premio Nobel en ciencias, gloria de la medicina latinoamericana, fue producto de aquel proceso acelerado de educación. Con Sarmiento y Houssay triunfó la civilización. La barbarie, herida pero no de muerte, hizo que el gobierno de ese entonces censurara la noticia de que nuestro colega había obtenido aquel reconocimiento.

De ahí, señores, que el camino recorrido por la medicina académica latinoamericana hasta la modernidad de hoy, tenga connotaciones tan singulares. Responde a viejos sueños, a empeños antiguos de todo un subcontinente. Contra viento y marea, en ocasiones a marchas forzadas, desafiando las grandes alturas o la selva, neutralizando todas las dependencias o al menos atenuándolas, la medicina latinoamericana se presenta con dignidad al juicio de quienes estudien o a consideración de quienes se encuentren con nosotros.

Señores, nadie puede sustraerse de su circunstancia. Con

la venia de ustedes debo referirme a la mía en lo que tiene de española. Hice la carrera de Medicina y el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Mi especialidad de Endocrinología la inicié en el inolvidable Instituto de Patología Médica del que fue Hospital Provincial. Cuando me puse a escribir este discurso, tan poco protocolario, sentí la presencia de mi maestro ejemplar, Don Gregorio Marañón. Debo aquí rendir tributo a su memoria. Debo también, en esta memorable ocasión reiterarles mis gracias a dos de mis ilustres profesores españoles: Pedro Laín Entralgo y José Botella Llusía. Y, como no, a quienes nos brindaron el estímulo y las oportunidades que requeríamos ante el convencimiento de que los latinoamericanos no carecíamos de neuronas bien despiertas. Entre otros el Señor Doctor Vicente Pozuelo Escudero en mis tiempos o al Prof. Aniceto Charro Salgado en años recientes.

He de concluir. Es verdad que nos hallamos distantes y somos distintos a los españoles. Tales aseveraciones dichas con ocasión de circunstancias infaustas para nosotros, la guerra de las Malvinas, tuvieron la virtud de situarnos en nuestra circunstancia americana de manera ineluctable. Esto, sin embargo, y pese a un mundo signado por la globalización y las inversiones siempre interesadas, ibéricos e iberoamericanos continuaremos sintiéndonos y sabiéndonos más próximos que con otros pueblos de la tierra. Eso de comunicarnos con fluidez, el que los pensamientos y los sentimientos expresados en español o en portugués nos lleguen directamente sin intermediación alguna, esta maravilla nos mantendrá unidos. Inclusive los afectos profundos, señores, como que requieren y se dan cuando las almas se hablan empleando las mismas palabras, las que salen de lo más hondo.

Cuanto queda dicho, señores, responde a los dictados de la dignidad y de la decencia con la que actuaron nuestros mejores.

Ahí está Chimpuc Ocllo, muchachita de la nobleza cusqueña, quien, cuando iba a ser casada con un veterano conquistador español, ante el requerimiento usual de aceptación matrimonial que le hiciera, respondió "ichach munani, ichach mana munani" (quizás quiero, quizás no quiero). Ahí está Andresito Benalcázar, hijo del fundador de Quito, Don Sebastián, y de Doña Leonor, india principal del lugar. Con indios y mestizos de la primera generación decidió constituirse en rey de un país libre. Fue ajusticiado. No dio ni pidió cuartel.

Ahí está José Carlos Mariátegui, con sus luminosos ensayos de interpretación equilibrada y no comprometida de la historia y evolución de los pueblos que formaron parte del Tahuantinsuyo.

Ahí está el escritor castizo y humanista, presidente de Bolivia, Franz Tamayo. Hijo de una india aymara, siempre la llevaba consigo.

Conociéndonos y valorándonos, con los sentimientos profundos a flor de labios, con las obsecuencias que se dan tan solo cuando las relaciones entre los pueblos y los hombres manejan conceptos superiores que aluden a la propia identidad como puede ser el idioma compartido. Por esos caminos, señores, este primer encuentro nos significará a españoles, portugueses e iberoamericanos la posibilidad de que sus médicos se sumen a quienes sienten la necesidad de ser protagonistas de una nueva historia. Aquella que los hijos de nuestros hijos la hereden y la comprendan tan estimulante y racional como para continuar escribiéndola.